



MENSAJE DEL ARQ. FERNANDO GONZÁLEZ GORTÁZAR EN LA CEREMONIA SOLEMNE EN QUE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA LE ENTREGA EL TÍTULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA.

Paraninfo Enrique Díaz de León
Guadalajara, Jalisco a 21 de noviembre de 2013

Honorable Consejo General de la Universidad de Guadalajara;

Muy respetado señor Rector;

Autoridades universitarias;

Señor presidente municipal;

Señora **Margarita González Luna**, viuda de **Ignacio Díaz Morales**, cuya presencia me conmueve profundamente;

Queridas amigas y amigos que me hacen el honor de acompañarme:

Querida **Myriam**, perdóname que no te mencioné, discúlpame.

A lo largo del tiempo he repetido que todos tenemos muchos nacimientos, y también muchas segundas madres y segundos padres. Cada que un hecho significa un quiebre, un cambio de dirección en nuestras vidas, o que alguien te señala un camino nuevo que conduce a lo que llegas a ser cuando maduras y envejeces, es que un nuevo padremadre enriqueció tu vida y te hizo nacer de nuevo en una realidad también nueva y distinta.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

RECTORÍA GENERAL

Para mí, el haber entrado a la entonces Escuela de Arquitectura de la Universidad de Guadalajara fue uno de mis nacimientos más definitivos y definatorios, y los padremadres que encontré allí, de los más entrañables, admirados y queridos. Cuando visité por primera vez aquella Escuela, con sus humildes instalaciones en el Instituto Tecnológico, sentí, quizá por primera vez en mi entonces ya largo trayecto escolar, que descubría mi lugar de pertenencia, un reducto que me otorgaba la felicidad, la fascinación, y la libertad que yo había añorado, sin conocerlas ni ser plenamente consciente de ello, durante toda mi vida.

Había allí una serie de grandísimos maestros: **don Ignacio Díaz Morales**, el fundador hace sesenta y cinco años justos, el ángel tutelar, el profeta que no sólo nos transmitía conocimientos, sino la convicción de que la Arquitectura era motivo suficiente para colmar la vida, y nos hacía enamorarnos de ella de una vez y para siempre. Estaba también el director, **Jaime Castiello**, una de las personas con mayores cualidades que quepa imaginar, continuamente estimulándonos, apoyándonos, solidarizándose con nuestras inquietudes de todo tipo. Y luego una larga nómina: **Olivier Seguin**, enseñante de Educación Visual y enorme artista que México no aprovechó como merecíamos él y nosotros, y a cuyos cursos de escultura en la Escuela de Artes Plásticas yo acudía regularmente sin haberme inscrito nunca como alumno formal: desde entonces, para mí la arquitectura y la escultura son una sola y misma cosa, y me muevo entre ellas sin cambiar de oficio. **Horst Hartung**, estudioso pionero de las condicionantes astronómicas de las ciudades prehispánicas en Mesoamérica, gran profesor de Urbanismo y portentoso ser humano; el canónigo **José Ruiz Medrano**, maestro de



Estética que nos introducía al misterioso mundo de las interrogantes infinitas del arte y del proceso creativo; el doctor **Silvio Alberti**, temido jefe de las materias técnicas, a quien gustaba de cultivar su imagen de "coco" de la Escuela, pero que ocultaba una gran bonhomía y un insospechado y gozador carácter bucólico, y del que tanto aprendí tanto.

Y luego, simultánea y paralelamente, mis preclaros maestros de fuera de la escuela, pero relacionados muy estrechamente con ella: **Luis Barragán** y **Mathias Goeritz**, a cuyo propósito he dicho tanto, que no considero necesario añadir más; y don **Juan Víctor Arauz**, fotógrafo eminente y mi consejero en el arte y en la vida. Salvo **Olivier Seguin**, que por desgracia regresó a su patria, ninguno de los personajes que he citado está vivo: ¡cuánto me gustaría que me acompañaran hoy! A ellos y a otros seres excepcionales, debo lo poco que he hecho. Desde el primero hasta el último, todos se convirtieron en mis amigos cercanísimos, y son ellos, no yo, quienes deberían estar aquí recibiendo el Doctorado que tan generosamente me ha conferido el honorable Consejo General de mi Universidad de Guadalajara. Tengo para ellos un perpetuo homenaje de gratitud y cariño, y a ellos dedico esta distinción que deseo recibir en su nombre.

En la Escuela no sólo había grandes maestros, sino un clima de buena fe, de efervescencia creativa, de humor y de alegría: juro que no se trata de idealizaciones nostálgicas. Cantábamos, y cantábamos "ranchero", a la menor provocación: esto para mí fue importantísimo: reforzaba mi sentimiento del hogar encontrado. Éramos una comunidad en la completa acepción de la palabra, en la que había empatías y antipatías, afinidades y



divergencias como en todo grupo humano; pero en la que casi siempre eso se resolvía gracias a la buena disposición y la pasión compartida por nuestra carrera.

No puedo dejar de mencionar aquí a mis compañeros, muchos de los cuales fueron sin pensarlo mis maestros de otro tipo. Varios, muy próximos a mi sentimiento, han muerto triste y prematuramente: a ellos, los vivos y los muertos, doy igualmente las gracias. Podría contarles muchísimas cosas bellas de mi paso por la Escuela de Arquitectura; pero allí nací también al mundo real con todas sus crudezas. Es decir, allí me di cuenta de que todo Paraíso tiene su serpiente y su manzana envenenada. No se crea que todos fueron años de idilio: la Universidad de Guadalajara pasaba entonces por turbulencias que no dejaron intocada a mi Escuela, y a algunos de sus maestros y alumnos en lo particular. Allí conocí también la tristeza, el desamparo y el miedo, la prevaricación y la calumnia. Las heridas subsisten, eso es claro; pero puestos ahora los blancos y los negros en los platos de una balanza, los blancos resplandecen y han logrado que mi vida tenga caso, mientras que los negros han sido poco a poco borrados por el tiempo. Y otra cosa: la pequeña Escuela de mis primeros años casi desapareció de hecho, para dar paso a una gran Facultad que no sólo subsiste, sino que sigue produciendo excelentes cosechas. Gracias, pues, al destino que me hizo formar parte de esta bien amada y siempre agradecida comunidad universitaria.

Mencioné el enamoramiento hacia la arquitectura que las prédicas del insigne **Díaz Morales** encendían en nosotros: éste perdura en mí sin mella



alguna, aunque no siempre haya sido un amor bien correspondido. Sigo creyendo en la arquitectura como servicio, como creadora de cultura, forjadora de identidad y promotora de cierta forma de justicia. Sigo creyendo en la ciudad como la mayor invención del espíritu humano, la más original, radical e inacabable, productora de un mundo que debe acercar a la felicidad a quienes lo habitamos; sigo creyendo en la cultura como aquello que nos conecta crítica y autocríticamente con el pasado y el porvenir, como aquello que permite a las sociedades evolucionar y aprender del ancho mundo sin que dejen de ser ellas mismas; sigo creyendo en el arte como definidor de nuestra condición de humanos, como la única realización nuestra que nació adulta, y la única también en la que encuentro la grandeza, la diversidad, la verdad y la limpia intención de la naturaleza; sigo creyendo en la naturaleza como la gran maestra, fuente de toda ética, toda moral y toda estética.

Hay que ver siempre a la arquitectura como una amistad y una reconciliación. Nuestro trabajo no debe pelear con la historia y sus herencias, ni con la tradición, ni con la lógica, el sentido común y la economía, ni con los materiales y técnicas constructivas, ni con el mundo y la naturaleza, ni, menos todavía, con las personas de carne y hueso y con nuestra propia individualidad como creadores. Tenemos que mirar la realidad de cara a cara y con ojos escrutadores, no para acatarla sin más, sino para intentar, desde nuestro pequeño campo de acción profesional y ciudadana, transformarla y superar sus muchas lacras, sus repulsivas inequidades e iniquidades, su íntimo y esencial malestar que ha producido la atroz situación en la que viven las mayorías de este país y de este planeta.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

RECTORÍA GENERAL

Como tarea prioritaria, saquemos a la arquitectura de esa forma de automarginación que es el elitismo, y de veras hagamos de ella un bien común. Las ciudades y las piezas que la componen deben ser funcionales y eficaces, desde luego; pero también hermosas, justas y —sobre todo— alentadoras: cuando uno las recorre y las habita, algo bueno debe ocurrir en el alma. Sigo creyendo, pues, en la necesidad de soñar, de concebir utopías posibles, y de luego partírnos el alma para incorporarlas, aunque sea parcialmente, a la realidad cotidiana de todos. Con frecuencia, en mis pláticas ante públicos diversos a las que tienen la gentileza de invitarme, menciono el sabio, lúcido y aleccionante lema de esta Universidad de Guadalajara: "Piensa, Trabaja". Dentro de su sencillez, o quizá por ella, estas dos palabras resumen todo un ideario, un programa de vida: ni acción sin un pensamiento, un análisis y una reflexión previos que la sustenten y le den sentido, ni pensamiento que se quede en la especulación fatua y ociosa, y no ayude al mundo a vivir.

Los seres humanos estamos contruidos con muchos estratos, desde los más externos de nuestras necesidades biológicas, hasta los más profundos de la sensibilidad y el corazón, y tanto la arquitectura como su manifestación mayor, el urbanismo, deben satisfacerlos a todos. Repito viejas ideas: el arte en la ciudad, el arte urbano, es parte de la justa distribución de los bienes del espíritu, y por ello, de la democratización de la cultura. La belleza no es un adorno prescindible, sino un artículo de primera necesidad: sólo en un mundo bello se puede aspirar a la existencia plena, y las cosas útiles, para ser cabalmente útiles, deben ser bellas también. La naturaleza está en nuestra esencia más íntima y primera, y no debemos aceptar jamás que parezca



incompatible con la civilización o con el desarrollo material, porque eso es falso. El logro de mejores ciudades es impensable si no tenemos mejores sociedades, y estas son impensables si no creamos condiciones de justicia y aprendemos a respetar y convivir con el mundo.

La arquitectura es siempre una ciencia y una técnica, ocasionalmente es un arte, pero debe ser, por encima de todo, una forma de humanismo. **John Dos Passos** dijo: "Sólo se puede ser artista verdadero si se tiene compasión; esa compasión que, en su sentido verdadero, es la comprensión y la aceptación del otro, sin las que muchas cosas de la vida serían insoportables": si no entendemos así la arquitectura, es que no la entendemos en absoluto. El usuario es quien dice la primera y la última palabra; porque los libros y revistas de arquitectura están llenos de edificios que los críticos elogian y los usuarios maldicen. Nadie puede sentirse ajeno a ella: la arquitectura nos da cobijo, es como nuestra segunda piel, el ámbito dentro del cual transcurre nuestra existencia y que determina, para bien o para mal, buena parte de la calidad de vida de todos los habitantes de la tierra. La arquitectura, el urbanismo con todas sus ramificaciones son, pues, asuntos de la más grande importancia, y deben ser parte de toda política pública, de todo plan de desarrollo, de la preocupación constante de autoridades legítimas, organizaciones civiles y ciudadanos rasos. Y también declaro que hacer arquitectura es algo muy difícil; tanto, que con frecuencia la siento más allá de mis fuerzas y mis capacidades. Cuando un arquitecto se equivoca, equivoca a muchos otros. Hacer arquitectura conlleva una responsabilidad tan grande, que su peso casi me aplasta con frecuencia. Gracias mil y una veces a la Universidad de Guadalajara. Ella me dio los



instrumentos para aprender a aprender. En su entonces Escuela, hoy Facultad de Arquitectura, entreví lo que me gustaría hacer de mi vida y de mí mismo: un ciudadano militante y comprometido, un creador responsable, un servidor de los usuarios de mi trabajo, un perpetuo aprendiz de la naturaleza y de todas las culturas "cultas" y populares. Como dice la vieja expresión, quiero tener el alma en su almarío, y el coraje para decir y hacer lo que dicte mi conciencia, no lo que me convenga en cada caso. Son metas muy altas que, lleno de tropezones, apenas he podido tocar de lejos y con la yema de los dedos. Esta Universidad es en gran medida responsable de mis aciertos, pero el único responsable de mis errores soy yo. La vida es bella, pero no fácil, y el estar hoy aquí, en mi *Alma Mater Studiorum*, en la madre nutricia, amamantadora, en medio de gente a la que respeto y quiero, y en mi ciudad, es una de las cosas más bonitas que ha tenido mi suerte.

Como estoy entre amigos, puedo sincerarme: a mí, lo único que me ha interesado es ser fiel a los que quiero y a lo que creo. Y quiero mucho y creo en mucho también. Una vez, **Carlos Monsivais** dijo que yo era el último de los románticos: es el mayor elogio que he recibido. En ese mundo busco vivir. Quiero estar lo más lejos posible del poder, sea del tipo que sea. No considero válida ninguna hegemonía ni privilegio. No sé si soy competitivo, pero sí sé que no soy competidor: no me interesa estar ni triunfar por encima de nadie. Como dije hace tiempo, lo público es mi obra, no yo; quien provoca las polémicas es mi obra, no yo. Si algunas veces he estado en la arena pública, es porque hasta allí me han llevado las nobles tareas de trabajar, de pensar y de ejercer mis derechos ciudadanos, no porque yo lo haya buscado: así de sencillas son las cosas. En el inicio de su Autobiografía,



el insigne **José Clemente Orozco** (junto con **Juan Rulfo** y **Luis Barragán**, nuestro artista capital en mi opinión) resumió así su vida: "Sólo las continuadas y tremendas luchas de un arquitecto y escultor mexicano por aprender su oficio y tener oportunidades de trabajar". Yo podría decir exactamente lo mismo: sólo las continuadas y tremendas luchas de un arquitecto y escultor mexicano por aprender su oficio y tener oportunidades de trabajar. Después de esta fecha tan primordial para mí, quisiera avocarme a mi labor de manera callada y tesonera, regresar a la condición marginal que me parece la mejor de todas, y encontrar allí la fortaleza, la serenidad y la alegría.

Recibir hoy el Doctorado Honoris Causa de esta Universidad que llamé mía, es algo que me pone feliz, que me abruma, me colma de gratitud y me ruboriza. Si estoy aquí, es porque me han conducido con pie seguro otras personas y otras cosas: mis maestros que ya mencioné; mis guías de todos los tiempos y todas las geografías, sin los cuales yo me hallaría perdido; mis hijas y mis nietos que son mi centro; toda la gente que quiero y he querido (mis padres ante todos); mis amigas y amigos, mis viajes, mis lecturas, la música que he cantado; la cultura jalisciense de la que soy deudor y de la cual me gustaría formar parte; el largo y hondo mundo que también está en ella, ese mundo que me desazona y simultáneamente me llena de esperanza, y que me ha hecho rico y fuerte no por mérito propio, sino porque de él me he prendado y me he prendido. Todo lo anterior ha sido mi padremadre, todo eso me dio a luz e hizo de mí lo que soy. Yo no puedo ostentarme como su portavoz en modo alguno. Pero creo en la única cultura que me resulta válida: la que pone en tela de juicio lo aceptado y privilegia la



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

RECTORÍA GENERAL

imaginación, la que rompe barreras e inercias y cree en la libertad, la que tiene la fe de que otras cosas mejores son posibles, la que señala caminos nuevos y sufre la implacable condena de ser incomprendida y rechazada en un primer momento. Y por creer en ella usurpo la representación que nadie me ha otorgado, me retiro de este podio en medio de mi emoción y mi agradecimiento, y en nombre de eso que amo y creo manifiesto mis más profundas gracias, mis más profundas gracias, por el inmenso honor que ahora, a través mío, se confiere a todo aquello que he nombrado.

Muchas gracias.